

A close-up, profile portrait of Carlo Maria Martini, an elderly man with grey hair, wearing a red cardinal's hat and a dark blue cassock with a red collar. He is looking down and to the left with a contemplative expression. The background is a soft, out-of-focus blue-grey.

Carlo Maria
Martini

INVOCAR
AL PADRE

ORACIONES

verbo divino

Invocar al Padre

Oraciones

Carlo Maria Martini

Invocar al Padre

Oraciones

evd

Nota:

Los títulos de las oraciones recogidas en el presente volumen se deben al editor.

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Título original: *Invocare il Padre. Preghiere*
Traducción: *José Pedro Tosaus Abadía*
Diseño de cubierta: *Francesc Sala*

© 2012 Centro Editoriale Dehoniano
Edición española realizada con
la intermediación de la agencia literaria Eulama.
© 2013 Editorial Verbo Divino
© De la presente edición: Verbo Divino, 2013
ISBN pdf: 978-84-9945-936-3
ISBN (versión impresa): 978-84-9945-611-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Presentación

Los textos de oración del cardenal Martini están todos ellos inspirados en la fe cristiana y además expresan, con mucha amplitud de miras, el camino del hombre con sus dificultades y sus esperanzas. Aquí reside, a mi parecer, la razón de que estas oraciones puedan resultar útiles a muchos.

Respecto a lo que las propició, me parece que se deben recordar las circunstancias en que nacieron. Su contexto concreto es el de los mil encuentros que el cardenal Martini vivió. Oraba en voz alta ante asambleas atentas que, al tiempo que lo escuchaban, inspiraban en alguna medida el desarrollo mismo de tales oraciones.

Detrás de estos textos se encuentra, además, la sensibilidad humana y espiritual del cardenal Martini. Otros pastores, en un con-

texto semejante, se habrían expresado de otro modo, por supuesto igualmente legítimo y quizá de gran belleza.

Los distintos capítulos que comprende esta colección de oraciones están vinculados, en parte, al año litúrgico. De ahí que dichas oraciones se puedan calificar de «resonancias» del misterio celebrado.

La fiesta de la Epifanía, por ejemplo, lleva al cardenal Martini a pedirle al Señor: «Concédenos sentir como un aguijón en la carne la urgencia de ser luz para los demás». A uno le viene a la memoria lo que el hermano Roger Schutz les pedía a los jóvenes: «Sed un reflejo de Dios».

La Semana Santa, en particular el jueves santo, le lleva a decir: «Haz que la eucaristía sea en verdad norma de nuestra fe y de nuestra vida». Recuerdo que el cardenal Martini, en el marco del Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Milán en 1983, hizo ante la asamblea general de los obispos italianos una hermosa exposición sobre el tema: «La eucaristía, forma de la Iglesia». ¡Qué importante conversión se plantea así para las distintas comunidades cristianas y para la Iglesia entera!

El viernes santo le sugiere: «Haz, oh Padre, que sepamos llevar hasta la noche del mundo tu pasión de amor por toda criatura humana».

En el día de Pascua, la resurrección de Cristo le hace pedir una gran gracia: «Haz de nosotros esa humanidad distinta que todos esperan, de modo que demos testimonio de que la vida es más fuerte que la muerte; el espíritu, más fuerte que la ley; el amor, más fuerte que el pecado; la esperanza, más fuerte que cualquier desilusión».

Entre las oraciones encuentran su puesto algunas dedicadas a dos realidades fundamentales para la vida de la Iglesia: la familia y los jóvenes.

A propósito de la familia, que él entiende en correlación con la Iglesia, dice: «Haz que la Iglesia se asemeje cada vez más a una familia: que favorezca la amistad fraterna, que acoja la colaboración de todos, que esté atenta a todos, especialmente a las familias sin cariño, sin pan, sin trabajo, sin alegría». Luego formula una oración como si tuviese ante él a los padres: «Haz que nuestra familia se asemeje cada vez más a la Iglesia: que tenga fe en ti, que acoja la palabra de Jesús, que ayude a los hijos a responder con alegría a tu llamada, que se

abra al diálogo y a la colaboración con las demás familias».

En cuanto a los jóvenes, el arzobispo empatiza con ellos y da voz a cuanto de positivo tienen en su corazón. Así, dice: «Te pedimos, Señor, que hagas de nosotros, los jóvenes, agua viva para los demás, pan partido para los hermanos, luz para los que caminan en las tinieblas, vida para los que andan a tientas en medio de sombras de muerte». A estas palabras se podría añadir lo que se lee sobre la tumba de Charles de Foucauld: «Quiero gritar el Evangelio con toda mi vida». ¿No necesitamos, acaso, jóvenes así?

El cardenal Martini transforma indefectiblemente en oración el momento inicial o final de encuentros dedicados a la meditación del Evangelio. Un texto que cabe perfectamente poner en labios de un joven que piensa en su futuro reza así: «Haz, oh Señor, que me deje conducir por ti, hacer por ti, transportar en ese vuelo de águila que me hará llegar a regiones inexploradas y siempre nuevas».

La escucha de la Palabra de Dios puede convertirse en deseo de vivir la imitación de Cristo: «Concédenos abrimos a ti, unirnos a tu adoración del Padre, a tu obediencia, a tu man-

sedumbre, a tu pobreza. Concédenos dejarnos moldear por ti». De este modo se afirma que la profundización en temas como la pobreza o la obediencia se podrá dar mejor en la medida en que nos preguntemos cómo los vivió y explicó nuestro Señor Jesucristo.

El cardenal no olvida que, en el camino de la vida, jóvenes y adultos se ven también puestos a prueba y que, a veces, deben enfrentarse al enemigo de Dios y del hombre. Esta es la oración propuesta a este respecto: «Haz que no tengamos miedo de las tentaciones, sino que les plantemos cara; que no nos espantemos de las sugerencias del maligno, sino que sepamos responderle con calma, desde la obediencia y el abandono al Padre».

En esta colección de oraciones se encuentra una referencia confiada a María. El cardenal Martini cita el *Magnificat* y se pregunta si no quedó desmentido hace dos mil años y no queda desmentido también hoy. Pero nos anima diciendo: «Haz, oh María, que no temamos el combate con el dragón, con el mal; confírmannos en la certeza de que tu Hijo ha resucitado».

Habla después de la Inmaculada y se detiene sobre la vida de la Iglesia. Pide: «Vela, oh María, sobre la Iglesia, para que, en su reflexión

sobre el camino andado, compruebe si refleja realmente el amor de Dios al hombre, a cada persona de la tierra».

Y de nuevo se dirige a María llamándola «Madre de la esperanza». Él sabe que hoy la esperanza se considera una perspectiva muy dificultosa, aunque también muy necesaria. Dice: «Concedéndonos mantener la esperanza por nosotros, por la humanidad entera; concedéndonos creer que no existe situación, por desesperante que sea, en la cual no pueda entrar la fuerza de la resurrección de Cristo». Es esta una petición que se puede dirigir con ánimo filial a María, puesto que ella, como su Hijo, ha superado la muerte, ha sido asunta al cielo y nos precede a todos en la Jerusalén celestial.

Recojo, finalmente, una doble reflexión: una sobre nuestra incapacidad para orar y otra sobre el Espíritu Santo. Refiriéndose al evangelio según Lucas que habla de un demonio mudo (11,14), el cardenal Martini hace una afirmación muy fuerte. «El mudo —dice— es todo cristiano; somos nosotros, incapaces de hablarle a Dios». Es preciso un milagro que nos libere del maligno, que nos haga oír a Dios y nos lleve a hablar con él. ¿Quién de nosotros no tiene necesidad de ese milagro?

El milagro de la oración requiere la invocación asidua del Espíritu Santo, que está en el núcleo de toda la experiencia cristiana. El cardenal Martini, pensando en la Iglesia con realismo y visión profunda, pone de relieve esta verdad al decir: «Sin ti, oh Espíritu divino, Dios parece lejano; Cristo se queda en el pasado; la Iglesia, en una simple organización; la misión, en una propaganda; el Evangelio, en letra muerta. Eres tú, oh Espíritu, quien haces presente al Padre, quien pones en medio de nosotros a Jesucristo, quien haces de la Iglesia una comunión; del Evangelio, una realidad viva; de la liturgia, un memorial eficaz».

Renato Corti
Obispo emérito de Novara

Catequesis sobre la oración

El pasaje de Lc 11,1-14

Entre las páginas del Evangelio que el leccionario litúrgico de la XXVII semana del Tiempo Ordinario ofrece a nuestra meditación, quiero reflexionar sobre el pasaje del capítulo 11 del evangelio de Lucas que, en el v. 14, cierra la enseñanza sobre la oración. Es una sección que comprende tres perícopas: el «padrenuestro», la parábola del «amigo inoportuno» y la «eficacia de la oración».

Curiosamente, el leccionario no recoge el v. 14 tal como se lee en la Biblia. De hecho, dice: «En aquel tiempo, habiendo echado Jesús un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: “Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios”».

Prefiero retomar el versículo completo: «Estaba Jesús echando un demonio que era *mudo*. Apenas salió el demonio, rompió a hablar el mudo, y la multitud se admiraba. Pero algunos de ellos dijeron: “Si echa los demonios...”».

El milagro del mudo es muy importante. Situado al término de la enseñanza sobre la oración, lo que pretende es subrayar que el mudo es todo cristiano, somos nosotros, incapaces de hablarle a Dios y, por tanto, invitados a abrírnos a la oración, a invocar al «Padre». Este es el sentido completo del pasaje evangélico desde el v. 1 al 14.

Nosotros que nos esforzamos en orar, que experimentamos una especie de mutismo en nuestra relación con Dios, somos curados por el Señor en virtud de su poder y sus palabras. Y así aprendemos a pronunciar el nombre de «Padre», a vivir la oración incesante e insistente. Porque las palabras de Jesús se refieren no solo a la recitación ocasional del «padre-nuestro», sino a esa oración que en otros lugares del Nuevo Testamento se describe como «continua».

Me limito a recordar un texto entre otros muchos: «Les propuso una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1).

Debemos, pues, salir del mutismo, llamar a Dios «Padre» y orar de manera incesante.

El punto de partida de la oración

Releamos lo esencial de los versículos de Lucas.

«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar» (11,1). El comienzo de nuestra oración es la oración de Jesús. Podemos orar porque él ora, y nuestra oración entera se inserta en la suya. ¿Cómo podríamos decir «Padre» sino en él?

Es una verdad consoladora. Aunque hayamos abandonado un poco la oración, aunque la hayamos descuidado, nunca es necesario volver a empezar de cero, dado que Jesús ora siempre y, por tanto, siempre podemos insertarnos en él.

Evidentemente, el sacerdote cuenta con mucha ventaja: sus manos portadoras de la eucaristía le convierten en testigo cotidiano de la oración de Jesús al Padre y, por consiguiente, le permiten unir su oración a la del Hijo.

No se trata solo de orar porque Cristo oró o como él oró, sino de orar en él, de saber que Jesús sostiene, fortalece e impregna nuestra oración.

La petición relativa a la oración

«Cuando terminó, uno de los discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”» (v. 1).

Esta petición se hace hoy con mucha frecuencia; la gente desea orar (más de lo que nos parece), se lamenta y se siente humillada por no saber orar. Sin embargo ora, como se desprende de una reciente investigación sociológica realizada en Estados Unidos, el país del activismo, de la exterioridad. De dicha investigación se desprende que la mayor parte de la población reza de vez en cuando, se acuerda de Dios, lo invoca. No se trata de una oración hecha con regularidad, pero la gente reconoce que tiene necesidad de Dios y quiere aprender a orar mejor, a vencer las distracciones.

Es frecuente que esta petición relativa a la oración también nos la hagan a nosotros. En diversas ocasiones he recordado que la iniciativa de las Escuelas de la Palabra partió precisamente de la petición que algunos jóvenes me hicieron en mayo de 1980. Me pidieron que les enseñara a orar poniéndoles algún ejemplo práctico a partir de la Biblia.

Si no respondemos a esta petición de la gente, buscarán una respuesta en otra parte: pensemos en la meditación trascendental, en todas las formas de meditación oriental, en las sectas que proliferan porque introducen a las personas en una oración muy emotiva, incluso vibrante, rica en música y en cantos.

La estructura de la oración

«Él les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación”» (vv. 2-4).

Esta instrucción sobre la oración es uno de los puntos fundamentales de todo el Evangelio. No es casualidad que, en el texto paralelo de Mateo, el «padrenuestro» esté en el centro del sermón de la montaña. Podemos decir, incluso, que el «padrenuestro» resume todo el cristianismo, todo lo que somos, lo que vivimos, todo aquello de lo que tenemos necesidad, todo cuanto nos caracteriza como hijos de Dios en camino hacia el Reino. Es una oración que no terminaremos nunca de meditar. A quien no sepa rezar, le basta con retomar poco a poco, palabra por palabra, el «padrenuestro».

Intentemos, pues, captar la estructura fundamental de esta oración, que incluye tres momentos: el primero es como el origen de un manantial; el segundo es como un surtidor que

sube hacia lo alto; el tercero es el surtidor que desciende regando todo cuanto hay alrededor.

1. El manantial queda expresado con la palabra «Padre» y es, para quien ora, el espíritu de filiación. Dado que vivir como hijos significa vivir el bautismo, en la oración vivimos al máximo nuestro bautismo.

El espíritu filial es la raíz de toda oración, es la actitud más importante, porque la vida eterna consiste en la explicitación de esa condición de hijos de Dios. Adviértase que en el «padrenuestro» podríamos repetir la palabra «Padre» en cada invocación: Padre, venga tu Reino; Padre, hágase tu voluntad; Padre, perdona nuestros pecados; Padre, líbranos de la tentación.

2. El segundo momento está constituido precisamente por las invocaciones que suben hacia lo alto, como un surtidor, que se dirigen a Dios en segunda persona: «Venga *tu* Reino, santificado sea *tu* nombre». Con la fuerza del Espíritu Santo, el alma redimida, bautizada, se eleva hacia el Padre.

3. El tercer momento es el posterior descenso sobre la tierra de este surgido espiritual, de este lanzamiento poderoso del Espíritu Santo que nos impulsa hacia lo alto. El posterior descenso sobre la tierra es sobre nosotros, que tenemos hambre, que tenemos necesidad de perdón, que debemos perdonarnos mutuamente, que nos vemos tentados por ser débiles y frágiles.

Así, la oración nos introduce en la verdad de nuestro ser: Señor, no permitas que yo caiga en la tentación. Ya ves cómo me encuentro tentado, cansado, aburrido, perezoso; líbrame de todo cuanto me impide tener confianza en ti, contemplarte y amarte como Padre.

Esta estructura de la oración guarda correspondencia con las dos definiciones clásicas que estudiamos: la oración es «*elevatio mentis in Deum*» o «*petitio decentium a Deo*».

Los dos primeros momentos del «padrenuestro» son «*elevatio mentis in Deum*»; el tercero es «*petitio decentium*», expresión de nuestras necesidades corporales y espirituales, de las dificultades de la vida del discípulo.

La insistencia de la oración

«Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”. Y, desde dentro, el otro le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”. Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite» (11,5-8).

Jesús nos hace dar un paso más. No nos dice solo que oremos como hijos, pidiendo humildemente aquello de lo que tengamos necesidad, sino que nos pide que *insistamos*. Y creo que esta es la enseñanza de la que tenemos más urgente necesidad.

Todos los detalles de esta breve parábola exponen la situación real de aquellos creyentes que se esfuerzan por vivir la oración continua.

Fijémonos, por ejemplo, en la palabra «medianoche», es decir, el tiempo en que estamos cansados y tenemos ganas de dormir.

Precisamente en ese momento llega un amigo de un viaje largo y tenemos la tentación de no acogerlo, de no abrir la puerta, porque de

hecho molesta. Sin embargo, uno quiere cumplir con los deberes de la hospitalidad y, puesto que no tiene nada de comer para darle, hace de tripas corazón y se va a llamar a la puerta de otro amigo.

Jesús nos dice: si estáis exhaustos, pedid también vosotros con insistencia.

La situación descrita es la del pastor, la de alguien que debe dar a menudo a otros el alimento espiritual que le piden. Pero la insistencia de los demás es grande, y entonces el pastor se decide a pedirle al Señor, a orar. Evidentemente, quien se presenta en casa de un amigo a medianoche lo hace sintiéndose vendido, no con ánimo tranquilo; no obstante, no deja de hacerlo.

No os dejéis embargar por el desánimo –nos enseña Jesús–: id pese a todo, insistid pese a todo.

El amigo va entonces y llama a la puerta; curiosamente, la respuesta no es buena, y debe continuar llamando. Resulta embarazoso insistir, lo mismo que resulta embarazoso continuar pidiendo al Señor. Cuando nuestra oración parece que no es escuchada, nos imaginamos que Dios está un poco sordo y experimentamos la turbación del hombre que está fuera con la

esperanza de que el otro se mueva y le abra la puerta. Cuanto más tiempo pasa, más perdemos la confianza en Dios.

Pero Jesús nos repite: continúa pidiendo, porque pedir es ya una gracia; el pedir te hace ya hijo, pedir es ya ser escuchado. Si no cejas en tu oración, por más que esta sea material, pobre y repetitiva, llegarás misteriosamente a ser hijo y recibirás además el pan para alimentar a otros, aunque tú te sientas cansado, frío y pobre.

La de este pasaje no es una oración fácil, tranquila, gozosa, que alimenta, sino una oración ardua. Es en virtud de ella, sin embargo, como Dios nos da el verdadero pan, a saber, la conciencia de nuestra condición filial, el don de vivir abandonándonos al Padre con la certeza de que él nunca nos dejará solos.

Surgen espontáneas estas preguntas: ¿por que tiene Dios necesidad de nuestra insistencia? ¿Acaso no sabe antes que nosotros de qué tenemos necesidad?

En realidad, somos nosotros quienes, al orar con insistencia, nos purificamos y, al pasar por la humildad de reconocer que no sabemos orar, llegamos a ser hijos.

El Señor da mucha importancia a esta enseñanza sobre la oración continua, de la cual se